

LA SOCIEDAD "INDEFENSA" ANTE LOS EXCESOS DE PODER

JUAN ALBERTO BELLOCH

Magistrado. Presidente de la Audiencia Provincial de Vizcaya

NO estoy muy seguro de que la palabra "indefensa" sea la que mejor caracteriza, hoy en día, la situación de la sociedad civil ante los excesos de poder. O, por mejor decir, la "indefensión" es, en una parte considerable, resultado no sólo de factores objetivos (alguno de los cuales trataré de aludir a lo largo de mi exposición), sino también de determinadas actitudes subjetivas de los ciudadanos; si bien, tales actitudes son, a su vez, consecuencia de claros y precisos procesos históricos. Quiero referirme, en particular, al ya tópico fenómeno del "desencanto" y a sus operativas consecuencias de inhibición, pasividad y desvertebración del tejido social.

Como punto de partida utilizaré una cita de PAUL GOODMAN. El referido publicista americano ve la causa central de tal fenómeno (siquiera lo refiera al comportamiento de la juventud norteamericana en un determinado momento histórico —la década de los setenta—) en la "acumulación de las revoluciones fracasadas y comprometidas de la época moderna, con sus consecuentes ambigüedades y sus desequilibrios sociales".

No es difícil, en efecto, hacer una enumeración de "ideas nuevas" o concepciones y hasta programas de "cambio" que se han ido ofreciendo a la sociedad civil en las últimas décadas, que si bien, al principio, lograron galvanizar un activo apoyo social, más tarde se han convertido en promesas no realizadas o, al menos, resultados absolutamente desproporcionados con las esperanzas y expectativas que suscitaron.

Veamos algunas de tales "categorías":

a) La "ciencia" y la "tecnología", ofrecidas, se han obtenido, en muchos casos, como la panacea que daría respuesta a las necesidades integrales del hombre y que propiciarían una irreversible mejora de la "calidad" de vida. Hoy ya se sabe que no son neutrales ni asépticas, sino las más "ideologizadas" de las mercancías. Que constituyen los "instrumentos" básicos de una nueva clase, los tecnócratas, clase que se vale de ellas en su propio beneficio y al servicio de la eterna lucha por el poder, social, económico, cultural, político. Sirvan, como muestra, el "saber urbanístico" (el Urbanismo), ofrecido en su propio campo de lo "espacial" como la respuesta a las carencias e insuficiencias del hombre urbano y que, en demasiadas ocasiones, se ha traducido en fenómenos de chabolismo vertical u horizontal o en mera ordenación interna del mercado especulativo; o el "saber sociológico" (la Sociología) que, sin perjuicio de la natural y asimilable cuota de sociólogos críticos, no ha sabido ser el instrumento de análisis objetivo en el que basar reformas profundas que amplíen los márgenes de libertad del individuo dentro del marco social, convirtiéndose demasiadas veces en meras técnicas de sometimiento e integración de la marginación dentro de los valores del sistema dominante, o en meras instancias burocratizadas con las que esclerotizar aún más las "administraciones" públicas o privadas de las diversas instancias de poder.

b) El propio fenómeno del "sindicalismo", debe citarse en segundo lugar dentro de tales categorías generadoras de frustración. No parece dudoso que, de igual modo que fue la burguesía liberal ascendente la que logró el reconocimiento jurídico-positivo de los derechos individuales, de la libertad, corresponde a los trabajadores, al movimiento obrero y sindical, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el protagonismo histórico en la tarea, si no de lograr su efectivo reconocimiento, sí cuando menos de reclamar (y, en algún caso, lograr) los llamados derechos humanos de orden económico-social. Parece justo reconocer, cualquiera que sea la opción ideológica que se tenga, que fue el movimiento sindical quien, después de más de un siglo de confrontaciones, ha demostrado la insuficiencia de los llamados derechos individuales políticos. Desde entonces, con mayor o menor éxito, con menor o mayor entusiasmo o convencimiento interior, es (si ponemos entre paréntesis el período de apogeo de los fascismos de toda laya) extraño encontrar un político o pensador europeo "civilizado" que no acepte, al menos en el terreno de la pura doctrina, la necesidad de superar el modelo

de "democracia política" para añadir la adjetivación "y social" o de que, dicho de otra forma, el "Estado liberal" deje paso, como estadio superior, a un "Estado social y democrático de Derecho" —artículo 1 CE—. A nadie se le escapa que la esencia de tal modelo radica, precisamente, en la necesidad de añadir al postulado de la "libertad", el postulado de la "seguridad social", entendida ésta en su más amplio sentido, con sus consecuencias de orden laboral y económico y que, en buena medida, tal construcción teórica es consecuencia directa de una constante y, en muchos casos, heroica práctica sindical. Con todo, hoy en día, el sindicalismo (con la sólo y relativa excepción de la Europa Latina) más que por unas praxis de promoción del cambio social se identifica por una mera acción reivindicativa, cuando no meramente gremial.

c) En tercer lugar, una categoría ideológica engendradora de desencanto viene constituida por la "apelación a la ética" que, periódicamente, los protagonistas actuales o potenciales, de cualquier clase de poder dirigen a la sociedad. En este campo la enumeración podría hacerse interminable. Y siempre con el matiz de que son propuestos a la sociedad como valores de logro "inmediato", inminente, sólo impedidos hasta ese justo momento por la intrínseca maldad del oponente concreto en la lucha por el poder. Puede citarse aquí el anacrónico y bello ideal de la fraternidad, de la igualdad, de la no discriminación, las viejas promesas de honradez o/y de tolerancia. No es ya sólo que tales valores sean, luego, negados en la práctica social por fenómenos de privilegios de casta, racismo, sexismo, xenofobia, etc., es que, además, tales valores al no realizarse en la praxis política, económica o social, dejan de ser creídos (quedan gastados) para amplias capas sociales que no sólo dejan de creer en quienes formularon promesas incumplidas, sino en las propias categorías morales o éticas propuestas, quedando, en todo caso, devaluadas como motor de la conducta individual y social.

Y la lista de programas éticos devaluados no para de crecer, alcanzando, incluso, a valores que, en realidad, ni siquiera se han ensayado seriamente (al menos, en nuestra concreta sociedad). Pensemos, por ejemplo, en las fisuras que ya son observables en conceptos tales como pacifismo, neutralidad, protección del medio ambiente y hasta el "saber ecológico".

d) Y en esta lista no podía faltar la Educación y la Cultura. Durante mucho tiempo se ha sostenido y "propuesto" a la sociedad que las claves de la "regeneración social" deben buscarse en programas tales como el redescubrimiento o creación de una auténtica "cultura

popular" o en el logro histórico de la enseñanza y educación obligatorias. No se trata, desde luego, de minusvalorar la importancia intrínseca de tales programas o realizaciones; se trata, tan sólo, de cotejar cómo tales "ideales" demasiadas veces se han traducido en "folklore subvencionado", en masificación de valores dominantes o en la creación de inmensas bolsas de ciudadanos institucionalizados que enmascaran el paro. En particular, los efectos benéficos de la enseñanza obligatoria han quedado en gran parte anulados por los fenómenos de masificación y hasta de ausencia de ideas en la planificación misma de una enseñanza útil y no alienante. Y el problema ni siquiera se resuelve en las experiencias pedagógicas más modernas y, supuestamente, progresistas. ROEL VAN DUYN, uno de los fundadores del movimiento "provo" holandés (muy conocido en los últimos años de los sesenta y principios del setenta), antecedente importante de los actuales movimientos pacifistas y ecologistas, observa que, en tal clase de centros, se atiende, de manera bastante satisfactoria, a fomentar o estimular la creatividad, pero, en modo alguno, o, al menos, no en la misma medida, los valores de "solidaridad" y actuación colectiva. Desde esquemas muy distintos (cristianos, radicales, anarquistas) se critica profundamente el modelo educativo científico-positivista que, se dice, se limita a proporcionar herramientas con las que conocer y manipular el mundo exterior. A la tradicional concepción marxista de la educación como mecanismo de reproducción y perpetuación de los grupos sociales dominantes y, en consecuencia, de transmisión de la desigualdad, ALAIN TURAINÉ, examinando la importancia de la "información" en una sociedad tecnológica y la proliferación de los centros educativos de "élite" —a todos los niveles—, añade que la educación y, particularmente, la educación universitaria —el sistema universitario— se ha convertido en uno de los mecanismos centrales de creación de la desigualdad.

e) Tampoco, en quinto lugar, en el terreno de las costumbres sociales, las revoluciones y cambios que parecieron anunciar los felices años "68" han producido resultados plenamente satisfactorios. El mundo de las drogas, ofrecidas casi como un mecanismo de liberación, se ha convertido en una de las peores tragedias de nuestra convivencia social y, prescindiendo ahora de la polémica sobre su legalización o no, lo obvio es que para nadie (tampoco para los partidarios de la legalización) constituyen hoy un estímulo de la creatividad o, mucho menos, de la ampliación de la esfera de la libertad individual. Las propias "experiencias

comunitarias", nacidas en aquellos años en torno al naciente pensamiento ecológico, o no han sobrevivido o, en los contados casos en que aún permanecen —con una u otra orientación ideológica— se han gastado, como observa TURAINÉ, "en esforzarse en vivir juntos..., y la comunidad, como antaño los conventos, se agota en sí misma..., sin acción alguna sobre el exterior. Y, en cualquier caso, lo evidente es que tales experiencias se han mantenido, a lo sumo, como neutras frente a las relaciones de dominio social, siendo incapaces de "difundir" en el medio social sus eventuales avances en el campo de los hábitos, costumbres y formas de inter-relación. Y por poner un tercer ejemplo, la prometedora revolución sexual, iniciada también en aquellos años, aunque ha dado algunos frutos evidentes, corre el riesgo de verse sofocada por el puritanismo y el preservativo.

f) En sexto lugar debe mencionarse la crisis del "proletariado" o de la "clase obrera" como inevitable sujeto histórico revolucionario. Ya en los años sesenta HERBERT MARCUSE (antes excesivamente citado y ahora demasiado poco) se preocupaba en recordarnos que para MARX la dictadura del proletariado era la dictadura de una aplastante mayoría sobre la minoría y que ya entonces (ateniéndonos al propio sentido marxista de la palabra como obrero de la industria o, mejor, trabajo vivo en el proceso de producción) la formulación marxista era ya insuficiente pues —decía— "ni constituye una mayoría en los países industriales avanzados, ni constituye la única víctima de la explotación en las sociedades modernas". MARCUSE, en una interesante entrevista publicada en la revista francesa "Actuel" (diciembre 1971) negaba la posibilidad misma, desde un punto de vista marxista, de hacer prospectiva sobre cuál deba ser el "protagonista histórico" sustituto de la "clase obrera", llegando a decir, ligeramente irritado ante la ortodoxia marxista de su entrevistador que: "No hay Dios, ni fatalidad, ni libro que pueda designar a ciencia cierta la vanguardia de un movimiento... Todo depende del nivel de desarrollo de un país y de los aspectos de su capitalismo". Ya rechazaba entonces Marcuse (a nuestra izquierda le ha costado más) toda visión sacralizada de la "clase obrera" y así, ya francamente enfadado ante las preguntas de su entrevistador —que era, nada menos que HANS MAGNUS ENZENSBERGER—: "¿... Qué carajo puede importar que uno proceda o no de la burguesía?! ¡También Marx y Engels eran burgueses!, y más adelante afirma que concebir la clase obrera como depositaria de la verdad y de la liberación "... es puro fetichismo". De manera coherente, en las propias filas marxistas,

se ha cuestionado seriamente la propia concepción bolchevique o leninista del partido como supuesto motor del proceso revolucionario, llegándose a sostener o, por lo menos, a cuestionar, si el propio desarrollo experimentado en la URSS (frente al que, últimamente, se parece querer reaccionar) fue fruto de la casualidad o de meras y simples circunstancias exógenas (el "cerco imperialista" y demás) o si, por el contrario, el proceso ya estaba contenido, al menos virtualmente, en la propia estructura ("centralismo democrático") del partido leninista.

En una línea muy semejante a la de Marcuse, ALAIN TOURAINE considera muy dudoso que la clase obrera siga siendo un protagonista histórico privilegiado en la sociedad postindustrial. No se trata de repetir tópicos como que "la clase obrera ha muerto" —dice Touraine—. Lo que más bien ocurre es que, en tal clase de sociedad, el conflicto específico fundado sobre el papel que se desempeña en el mecanismo de producción industrial "tiende a no poder aislarse..." del resto de conflictos más amplios y globales que se producen en la sociedad.

Lo que, en todo caso, interesa destacar es que la "crisis" de tales categorías y estereotipos, prescindiendo de un análisis sobre la conveniencia o no de la crisis, sobre su bondad o maldad, se ha producido, y con ella se ha paralizado uno de los "estímulos de acción social" que funcionaron eficazmente en décadas pasadas.

g) De más alcance inhibitor, si cabe, es la crisis de la mística de la "TOMA DEL PODER" en las sociedades democráticas avanzadas. Desde muy diversos flancos se ha "bombardeado" el mito de la "toma del Palacio de Invierno". No me voy a referir, ahora, a los mecanismos que los propios grupos dominantes han impuesto o reforzado para destruir el mito, sino, precisamente, a los ataques que contra tal categoría se han formulado desde el propio campo "radical" y crítico. En primer término, se ha cuestionado la propia legitimidad de la violencia como mecanismo de acceso al poder (al menos, en las llamadas sociedades occidentales). Así el "radical" VAN DUYN (y en esta línea se ha situado, después, todo el movimiento ecologista y pacifista europeo, con contadas excepciones) afirma que no cabe concebir "la revolución como un golpe de Estado", limitándose a mencionar la necesidad de acciones concretas en terrenos concretos, afirmando que "... no me gusta la violencia y no creo en sus virtudes tácticas"; frente al fortalecimiento creciente del Estado, esta corriente de pensamiento apuesta por la utilización de los mecanismos democráticos (de sus "fisuras") —en particular

de los "mass-media"— del funcionamiento abierto y democrático-asambleario del movimiento, de la ingenuidad calculada en la realización de acciones que tengan en cuenta el carácter teatral del propio sistema y (dentro de una de las dos tradiciones del anarquismo —la pacífica y benéfica, en oposición a su tradición también existente de la violencia—), asume que "más vale perder un combate que corromperse utilizando las armas del enemigo. De lo contrario, ¿de qué sirve?". Se rechaza así cualquier metodología revolucionaria en que los medios utilizados y el autoritarismo que rija su acción prevalezcan sobre los fines y objetivos revolucionarios. "Hay que arriesgarse a sacrificar un poco de eficacia a la democracia interna, abrirse al exterior y descentralizar desde el principio...", concluyendo que "si así no se es capaz de tomar el poder ¡qué le vamos a hacer!". Si a tal postura, se une la opción decididamente institucional adoptada por todos los partidos comunistas europeos (por no hablar de los socialistas) hay que convenir que la estrategia de la "violencia" ha quedado reducida en Europa (salvo esporádicas y prácticamente desaparecidas reacciones puntuales: Brigadas Rojas, Baader-Meinhoff y Grapo) a esporádicos brotes fascistas (23 F español) y a permanentes conflictos de signo esencialmente nacionalista, que, por otro lado, difícilmente (con la excepción de los fascistas) puede decirse que ni siquiera aspiren a la toma del poder; si acaso a la adquisición de una cierta cuota de poder coactivo desde el que negociar supuestos objetivos políticos.

Pero es que, además, tal renuncia, desde opciones progresistas y hasta revolucionarias, a la estrategia de la violencia para la toma del poder, amén de obedecer a motivaciones éticas y políticas, descansa en un cierto análisis de la realidad, conforme al cual la revolución (así HENRY LEFEBRE) estaría "momentáneamente bloqueada" y junto con ella la imaginación social. Hoy por hoy, dice Lefebre, en arquitectura y urbanismo, la construcción no es otra cosa que la instauración de la repetición. Tal resultado, desconocido en otras épocas y momentos históricos, reflejaría de forma palmaria el bloqueo revolucionario indicado. Hasta no hace mucho tiempo —dice— "el espacio social (que siempre se inscribe en el tiempo) siempre había sido producido; en nuestras sociedades bloqueadas meramente se reproduce. No más imaginación ni creatividad, hoy vivimos la fantástica comedia de la increíble repetición burguesa. Desde hace decenios se viene regurgitando el pasado; es el reinado de lo neoarcaico, la recuperación, la renovación, todo ello bajo la máscara del modernismo, del discurso modernista, pero que

no puede ocultar que estamos consumiendo algo ya masticado y deglutido". Herbert MARCUSE, en la entrevista antes realizada, desde esquemas parcialmente diferentes llegada a una conclusión análoga, cuando indicaba que, sin abdicar de la necesidad de luchar por una sociedad comunista, afirma "que es asunto del futuro y que presupone una larga tarea de educación y una marcha difícil y paciente", considerando una fórmula excelente la que expresara otro célebre revolucionario del "68", Rudy DUTSCHKE, "la necesidad de una larga marcha a través de las instituciones". Y, ciertamente, esta clase de análisis coinciden con los "reformismos" de cualquier tipo en una cierta potencialidad inhibitoria de la acción social, por cuanto no es dable olvidar que el estímulo de la "toma del poder" es decisivo en cualquier proyecto de movilización colectiva.

Desde otras dos perspectivas distintas se ha cuarteado la mística de la "toma del poder". La primera sería la que podríamos denominar "de desnudamiento" o "desideologización" del fenómeno mismo de la "toma del poder". Existe un discurso, de efectos socialmente perniciosos (y cuyo origen no puede verse exclusivamente en el pensamiento reaccionario, sino también en el pensamiento crítico y progresista-radical; así, por ejemplo, en GILLES DELEUZE y FELIX GUATTARI, estudiosos de la esquizofrenia como enfermedad distintiva del capitalismo, en la línea de la antisiquiatría inglesa de LAING y COOPER), según el cual tanto si se pretende una crítica del sistema capitalista como del sistema soviético, el dato esencial de cualquier análisis en torno al fenómeno del poder sería no tanto los aspectos ideológicos y económicos, cuanto el aspecto concreto de la "organización" y distribución de las parcelas o cuotas del mismo. Y lo cierto es que, prescindiendo una vez más, de la justeza o no de ese análisis, lo relevante es que el mismo ha penetrado en la conciencia de los ciudadanos y genera, por ende, un indisimulable desdén o un grave cinismo práctico en sus tomas de postura frente al poder. Y, ciertamente, hay ejemplos que pueden justificar un tal análisis. Así, en cualquier Congreso, sea de partido político, de sindicato u organización social, es "costumbre" (seguramente no casual) el llevar al boato de las discusiones plenarias la discusión de los temas ideológicos, mientras que, por el contrario, el debate sobre temas "organizativos" siempre queda encomendado a una u otra forma de comité reducido en el que, a poco que se analice, siempre se concentra todo el poder. Parecería que sólo la organización atañe al poder. En nuestra tradición política hay una fórmula que, creo, se atribuye a Romanones que reflejaría, de algún modo, este fenómeno:

"Deja que ellos hagan la ley, que ya haremos luego nosotros el Reglamento". GUATTARI llega a señalar que es en torno a la organización donde surgen los problemas básicos de deseo y poder: "luego viene la constitución de las oposiciones políticas: el individuo toma tal opción contra tal otra porque en el plano de la organización y del poder ya ha escogido y odiado a su adversario".

La segunda y última de las perspectivas, más profunda en mi opinión, a que me voy a referir, para cerrar esta alusión a la crisis de la mística de la "toma del poder", es la que alude a la imposibilidad misma de definir el núcleo central de eso que denominamos Poder en las sociedades modernas. Dicho rudamente: adoptada la decisión de tomar el poder, aún a costa de tácticas violentas, y por razones ideológico-económicas altruistas ajenas a la mera dialéctica del control de la organización del poder, seguiría en pie un problema central para construir, siquiera en el terreno de lo mítico, un proyecto coherente; el problema se reduciría a decidir dónde está y quién detenta el poder, ¡nada menos! Alain TOURAINE llega a decir que no tiene sentido buscar un núcleo central denominado poder y que es un error de perspectiva otorgar más importancia "a la toma del poder que a la liberación social". Limitarse a "luchar" por apoderarse del aparato del Estado sería caer en el cebo que tienden los grupos dominantes. No parece excesivo afirmar que una pluralidad de centros dirigentes (muy diversificados y sólo caracterizables por una nota común: la de ser inmunes a toda forma institucional de control) acotan y definen, en un proceso continuo en el espacio y en el tiempo, las parcelas de poder que, en cada caso, tiempo y lugar, corresponde "desempeñar" a las diversas instituciones del aparato del Estado (las cuales tendrían, en común, la existencia de mecanismos más o menos perfeccionados de control democrático). El "resultado" (vamos a prescindir de cualquier juicio de intenciones) es que, limitarse a una lucha por el poder institucional equivale, en nuestras actuales sociedades, a renunciar a toda forma de control sobre amplísimas zonas de poder que tampoco están confiadas a la "sociedad civil" articulada en forma explícita y democrática, sino a singulares y diversos "grupos dominantes", de los que, en ocasiones, se desconoce hasta su propia existencia. Y es que, en efecto, en una sociedad moderna, tecnológica y homogénea, el "fenómeno político" (en sentido restrictivo: juego de partidos políticos) se disuelve —dice TOURAINE— "en provecho de los grandes centros de organización económica y social y de manipulación cultural". Estamos en una sociedad

—y ésta es una de las claves que fuerzan, como luego se dirá a la articulación de la sociedad civil— en que se tiende a que la clase dirigente tenga un puro carácter comercial y financiero, en el que "la maximalización de los intereses de la empresa predomina sobre la maximalización de la ganancia del capital", tendiéndose a que el dominio de la clase dominante se extienda a todos los elementos del proceso social (producción, desde luego, pero también consumo, organización, comunicación, información, urbanización, etc.). "La clase dirigente ya no puede separarse del concepto de control del conjunto de la vida social concebida como sistema".

h) Y, dentro de este repaso de categorías en "crisis", podríamos incluir también, ha llegado el momento de referirse explícitamente (aunque ya hemos hecho alguna inevitable alusión) (a la "doctrina de los DERECHOS HUMANOS"). No se trata, desde luego, de minusvalorar la importancia de la doctrina y práctica de los derechos humanos. Todos somos conscientes del esfuerzo que supuso la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948, su carácter de progreso realmente histórico, en cuanto supuso encontrar un punto de convergencia práctica de las ideologías teóricas y de las tradiciones espirituales más distintas, un mínimo denominador común ético. Pero también sabemos que tal Declaración se limitó a aceptar una concepción "liberal" de tales derechos, levemente matizada por la inclusión, menos elaborado, de algunos de los derechos económicos, sociales y culturales. Y aunque más tarde (a través de los Pactos Internacionales de "Derechos civiles y políticos" y de "Derechos económicos, sociales y culturales", ambos de 16 de diciembre de 1966. New York) se logró una más elaborada definición de esta segunda categoría de derechos, no es menos cierto que sigue existiendo una radical diferencia en el tratamiento y protección de una y otra categoría de derechos humanos, que aunque no se puede ahora desarrollar, se podría resumir diciendo que mientras existen ciertos mecanismos de control jurisdiccional de los derechos políticos (lo cual es especialmente relevante en el ámbito europeo —Convención Europea de Ds Hs de 3 de septiembre de 1953) la protección de los derechos socio-culturales no pasa, en lo esencial, del terreno de lo programático. Los compromisos asumidos internacionalmente tienen, con ciertas limitaciones, en el primer caso el carácter de obligaciones jurídicas, mientras que, en el segundo caso, en términos generales, no pasan de recomendaciones, informes o dictámenes, no asumiendo los Estados firmantes (así ocurre en el caso de la llamada "Carta Social Europea")

otros deberes jurídicos que los de "información" a los restantes miembros, amén del deber moral implícito en las indicadas recomendaciones que puedan formular las instancias internacionales. No supone lo anterior, quiero insistir, desconocer el profundo valor de la actividad internacional desarrollada en torno a la doctrina de los derechos humanos. Pero es bien cierto que la función de la palabra ha sido tantas veces pervertida, se ha hecho mentir en tal forma a las palabras más verídicas, que ya son insuficientes las declaraciones más hermosas y solemnes para devolverles a los pueblos su fe en los derechos del hombre; lo que hoy se pide es que se articulen los medios capaces de hacer respetar tales derechos por los Estados y los Gobiernos y por quienes arrogándose ilegítimamente poderes que no tienen conferidos democráticamente pretenden imponer la ley de la fuerza. Pero con todo es esta categoría de los derechos humanos la que, sin ocultar su crisis, presenta hoy una mayor potencialidad de movilización en torno a ella de los ciudadanos articulados en grupos sociales. Tales declaraciones internacionales han permitido a los ciudadanos tener un sentimiento más hondo, ya irrenunciable, de esos derechos y han obligado, asimismo, a poner en funcionamiento a todos los "aparatos de propaganda" que se ven obligados a elaborar toda clase de entusiasmos verbales. En este campo algo, afortunadamente, se mueve en la sociedad. Es importante constatar que, en los propios informes de expertos de diversos organismos internacionales —singularmente el Consejo de Europa— se detecta ya la necesidad de clarificar los nuevos valores y con ello los nuevos y futuros derechos humanos. Se empieza a asumir que el esquema de "valores europeos tradicionales" se ha quedado corto, que empiezan a ser insuficientes para resolver las crisis, la crisis. En la medida en que haga de la doctrina de los derechos humanos un simple catálogo de los logros propios de un determinado modelo de Estado, un instrumento de confrontación política en la pugna Este-Oeste, un arma arrojada utilizada cínicamente contra el adversario político o social, una simple manifestación de la arrogancia europea como patria de los derechos del hombre, en esa misma medida debe afirmarse el carácter meramente publicitario y regresivo de la doctrina de los derechos humanos. Si, por el contrario, se concreta su valor al de un precario e insuficiente (pero imprescindible) mínimo ético, cuyo mayor interés radica en su virtualidad superadora de las estrechas concepciones de soberanía nacional y si al propio tiempo es capaz de generar una dinámica constante de progreso en las formulaciones

de su contenido y, sobre todo, en la eficacia de sus mecanismos de tutela, en tal caso, si puede llegar a ser un factor vital en el desarrollo histórico de las colectividades y de los pueblos. Dado el título genérico de este trabajo, puede ser de interés aludir, a título de ejemplo, las dificultades reales por las que atraviesa el derecho a la libertad de expresión o el de la libertad de prensa, mediatizados por el control público o privado de los "mass-media", a los que difícilmente acceden los ciudadanos o grupos sociales en que éstos se integran, por no citar las sombrías excepciones establecidas al respecto de los derechos individuales por las llamadas legislaciones especiales o la nula protección efectiva de los derechos socio-económicos.

i) Y ya para terminar esta enumeración de "categorías" y concepciones, ofrecidas a la sociedad, en "crisis", debe citarse aludirse muy brevemente al propio valor de la DEMOCRACIA y, más particularmente, a la crisis a nivel europeo del MODELO DE ESTADO. Ciertamente, durante mucho tiempo, los principales indicadores socio-económicos mostraban una sociedad europea enormemente dinámica que se encaminaba a la llamada fase postindustrial (se hablaba así, con frecuencia, de la llamada "civilización del ocio"). Se estaba operando una constante elevación del nivel de vida e, incluso, de la "calidad" de vida. Lo anterior, unido a un crecimiento demográfico moderado (cuando no francamente regresivo) y a la práctica ausencia en Europa de "ideologías extremistas o violentas" (ausencia o incidencia mínima) en los centros de decisión, determinó que el marco del debate político se limitara, con unos u otros matices, a los límites, estrechos, que pueden mediar entre lo que, convencionalmente, podríamos denominar "democracia cristiana avanzada" y una "moderada social-democracia", y permitió (con obstáculos más o menos serios derivados de un excesivo y mítico nacionalismo de Estado) que el proceso hacia la integración europea se fuera realizando, hasta hace escaso tiempo en medio de un considerable grado de parsimonia y tranquilidad y al margen, desde luego, de urgencias revolucionarias de cualquier tipo. En los últimos años, sin embargo, los propios textos emanados del Consejo de Europa revelan, con mayor o menor grado de elipsis, que estamos en una situación de crisis a nivel europeo del modelo de Estado. La doctrina, y así BARCELONA y, entre nosotros, GARCIA HERRERA, habla de que se está produciendo un proceso de quiebra del "compromiso político" del Estado Social, cuyos rasgos más salientes podrían sintetizarse del modo siguiente: a) surgen necesidades que no pueden reconducirse a la

lógica de la producción (A. Touraine) que ponen en crisis los instrumentos clásicos de la mediación (Estado, Empresa, Sindicatos); b) se producen fenómenos de concentración de capital como respuesta a la caída de tasa de ganancias, apareciendo un "modelo de producción transnacional"; c) se produce una cierta incapacidad del Estado para asumir plenamente las tareas clásicas del Estado Social (no puede gobernar las relaciones económicas exteriores, los flujos monetarios, los aspectos sectoriales de la economía); d) las fuerzas económicas comienzan a no precisar del Estado para desarrollar su propia política global; e) los propios trabajadores plantean reivindicaciones que difícilmente pueden ser asumidas por el estado (se habla así de la crisis fiscal del Estado, de la crisis de la "legitimidad") y f) casi como colofón o conclusión se plantea la insuficiencia del modelo general de "democracia representativa", hablándose de la necesidad de dar un paso hacia la "democracia participativa". Dentro de nuestro país, la doctrina ha planteado el problema de hasta qué punto no existe un desfase entre el clima cultural y político-económico que impregnó a los constituyentes del "78" (y ahora a "sus intérpretes", esto es, los distintos poderes del Estado y el propio TC) y la actual situación europea cuyos grandes rasgos han quedado descritos. Es lícito interrogarse si la cultura jurídica que informó la C. de 1978 no estaba ya duramente contestada, incluso cuando guiaba la redacción del texto constitucional. Así cuando en Europa ya se reflexionaba sobre las deficiencias e insuficiencias del modelo clásico del Estado social, nuestro constituyente y sus "intérpretes" se adhieren, quizá con demasiado entusiasmo, a tal modelo; y si bien es cierto que tal "adhesión" sin fisuras pudiera estar justificada inicialmente por la complejidad del proceso de transición, hoy es más que discutible que esté plenamente justificada. No parece, en cualquier caso, excesivo comenzar a rehacer esquemas, a reajustar ideas a fin de detectar cuál es el nuevo "humus" que va a alimentar el desarrollo y aplicación de la C., cuáles son los nuevos valores, cuáles las nuevas alianzas, quiénes los nuevos sujetos.

Y, ciertamente, la enumeración de palabras envejecidas, de conceptos y promesas irrealizadas, incumplidas o superadas, de categorías básicas "en crisis", podría prolongarse de manera casi indefinida. Lo que me interesaba destacar con este cuadro meramente descriptivo es que resultaría ingenuo (ahistórico) pensar que tantos abandonos, tantas frustraciones, tanta inseguridad no fueran a tener un coste social muy grave, traducido en una serie de rasgos ya aludidos al principio de mi intervención

y que, desgraciadamente, caracterizan a nuestra sociedad, generando, al propio tiempo, su indefensión: Desencanto, inhibición, pasividad, abstención, desvertebración del tejido social.

La segunda parte de mi intervención, mucho más difícil y discutible, tratará de exponer algunas de las respuestas posibles a una pregunta que, cuanto más tiempo pasa adquiere más actualidad: ¿Qué hacer?

Algunas alternativas

Para MICHEL FOUCAULT, el objetivo esencial sería luchar contra el humanismo —la "herencia más pesada —dice— que ha dejado el siglo XIX, de la cual ya es hora de deshacerse"—. Para comprender el alcance de esta afirmación, sin duda "escandalosa", hay que partir de la concepción, eminentemente parcial, que FOUCAULT tiene del humanismo como "el conjunto de discursos a través de los cuales se le ha dicho al hombre occidental: aunque no ejerzas el poder puedes, no obstante ser soberano. O mejor aún: cuanto más renuncies a ejercer el poder..., más soberano serás...". En resumen el humanismo, para Foucault, sería todo aquello con lo que en Occidente "se ha suprimido el deseo de poder, se ha prohibido querer el poder y se ha excluido la posibilidad de tomarlo". De su discurso hay una idea que, en mi opinión, debe retenerse si es que, en realidad, se pretende "actuar" en la sociedad para "cambiarla" y es la de que resulta preciso reconstruir la mística de la "toma del poder", siquiera sea utilizando los nuevos datos reales que caracterizan a las sociedades europeas contemporáneas, lo cual supone, como decía Touraine, comprender que el "poder" está no sólo, ni siquiera prioritariamente, en las instituciones democráticas que constituyen el aparato del Estado, de suerte que, sin perjuicio de no "abandonar" el terreno de lo institucional en cuanto objetivo (pues, ciertamente, las propias instituciones tienen potencialidad para incidir en terrenos distintos de los inicialmente previstos por lo grupos dominantes) hay que revisar cualquier estrategia que limite la "participación" de los ciudadanos en los asuntos públicos a los cauces, imprescindibles pero insuficientes, de los partidos políticos o de los sindicatos, entre otras cosas porque estas vías de articulación social se vienen limitando, cada vez más, a cuestionar o debatir la función del Estado, pero no a discutir una u otra concepción de la sociedad, digan lo que digan sus aparatos de comunicación y propaganda. No se trata de afirmar que los partidos políticos "per se" deban limitar así su función, ni siquiera de negar la posibilidad de que tales colectivos, conscientes de su pérdida

de protagonismo, sean capaces de evolucionar en el sentido de una real vitalización del discurso de participación social. Sólo se pretende decir que, hoy por hoy, los partidos y sindicatos, no satisfacen las necesidades de participación y que, muy probablemente, hasta una evolución de tales colectivos sólo es posible en la medida en que se configuren en la sociedad grupos de presión de corte progresista capaces de entablar una lucha abierta por el poder "socio-cultural" frente a los numerosos y plurales grupos dominantes que, en muchas ocasiones, resultan hasta difíciles de detectar en las sociedades modernas. Alguien debe tratar de luchar por el poder en el verdadero terreno en que hoy se suscita la cuestión del poder.

Es bien cierto, sin embargo, que resulta hoy difícil incluso de imaginar (no ya articular) alternativas globales y generalizadas a la actual correlación de poder, y ello tanto desde opciones "reformistas" como, incluso, de opciones pretendidamente "radicales". El propio FOUCAULT ha dicho más de una vez que hay que optar más bien por "acciones puntuales y locales", estimando que tal tipo de trabajo "puede llevar bastante lejos". Su propia "praxis" es un ejemplo claro de tal clase de opción, al haber trabajado durante muchos años en los mecanismos represivos que implican el sistema de las cárceles, de los hospitales psiquiátricos y del propio sistema judicial. Son conocidos e interesantes sus trabajos realizados dentro del llamado "Grupo de Información de prisiones", tendentes, en primera instancia a mejorar las condiciones de vida de los presos, pero orientados, finalmente, a "borrar la profunda división entre inocencia y culpabilidad" (que, en su concepción, vendría a ser el núcleo ideológico de la cultura dominante), sin excluir de su discurso ciertos componentes, que me atrevería a calificar de excesivamente simplificadores, directamente político-revolucionarios, cuando afirma que el verdadero objetivo de su acción sería acabar con el "sistema penal", premisa a partir de la cual (si se aceptase como realizable) no sería discutible el concluir que tal supuesto "logro" implicaría, necesariamente, cuestionar el código moral y, en última instancia, las bases mismas del sistema ideológico dominante. Es innegable que las premisas teóricas de su acción son "distintas" de las que "justificarían" ese mismo objetivo inicial ("cambiar el sistema penitenciario") por parte de otras opciones ideológicas. Así, desde cualquier opción englobable en el llamado "humanismo cristiano", tales reformas serían una consecuencia necesaria de su propia concepción del hombre como depositario de valores trascendentes; o desde opciones "laicistas" la justificación de emprender reformas radicales

en el sistema penal se encontraría en la propia doctrina de los "derechos humanos". Pero, al propio tiempo, es lo cierto que el tipo de resultados prácticos a obtener en una primera fase (que, quizá, sea la última fase) son sustancialmente idénticos tanto desde el reformismo como desde opciones más radicales. Y esta convergencia práctica debería permitir especular sobre la posibilidad de concitar formas de relación y colaboración permanente entre diversos grupos sociales y hasta, ¿por qué no?, formas organizativas concretas en que articular tal colaboración.

El propio Henry LEFEBRE, amén de denunciar la ya indicada impotencia o bloqueo de la sociedad, señala que la única forma de salvar ese "muro invisible" sería ponerlo todo en movimiento, volver a discutirlo todo, explicitando el dilema que la actual situación encierra: "para cambiar algo, habría que cambiarlo todo, pero por algo habrá que empezar. Este círculo de impotencia que nos lleva perpetuamente de la parte al todo y del todo a la parte" define perfectamente la situación de bloqueo; mientras tanto, reconoce, sólo es posible pasar del umbral que evite la impotencia, a través de una experiencia práctica que, al propio tiempo de ser forzosamente sectorial, acepte un planteamiento horizontal y no vertical como metodología de trabajo. En el caso concreto de Lefebre, esa experiencia concreta fue, por muchos años, la arquitectura y el urbanismo y así, si es que no se quiere caer en el nihilismo, entiendo que, desde tal campo, se esbozan algunas posibilidades que concreta en la superación de lo público y lo privado, la superación de la oposición monumento-edificio, la superación del conflicto entre espacio y sociedad... La única forma —concluye— de desbloquear la imaginación "es pasar de la producción de las cosas en el espacio a la producción del espacio". Y, en este sentido, llega a afirmar que frente a la habitual fórmula radical de "autogestión de las empresas" lo verdaderamente propio de una sociedad revolucionaria "será la autogestión del espacio".

Y aunque sea desde planteamientos originales distintos, VAN DUYN y, hasta cierto punto, después todo el movimiento ecologista, pacifista o "verde", tienen en común con lo hasta aquí dicho, tanto la búsqueda de objetivos sectoriales (en este caso "prevenir la catástrofe —destrucción de la naturaleza por el hombre— que sería más importante que realizar la utopía revolucionaria, paralizar el crecimiento, descentralizar y desindustrializar la economía, eliminar las producciones nocivas o inútiles, reducir el crecimiento de las ciudades, una específica molitiva de vivienda en los centros urbanos o la protección de determinados grupos

de población especialmente marginados), como la utilización "diferente" de los medios que proporcionan las sociedades democráticas (siendo especialmente útil su forma de utilización de las características de los mass-media en las sociedades contemporáneas) y un tipo de acción en la que es decisivo el trabajo horizontal y comunitario y participativo. Desde un marxismo crítico, HERBERT MARCUSE incide en este mismo tipo de perspectivas cuando habla de la necesidad de encontrar formas nuevas, muy descentralizadas, de acción y de la necesidad de coordinar los diferentes grupos sociales. Alude, como ejemplo positivo, a una concreta experiencia (vivida por él muy directamente), cual es el movimiento estudiantil norteamericano de finales de los sesenta. Tal movimiento estudiantil —dice—, desde un análisis estrictamente marxista, no puede ser calificado de "burgués" por el hecho de que no fuera capaz de abrirse y movilizar a la clase obrera; lo cierto es que, al menos entonces, no había "nada menos burgués que el movimiento estudiantil americano (y los paralelos y concertados movimientos en pro de los derechos civiles) ni más burgueses que un obrero americano", llegando a suponer su acción "un ataque contra el mismo meollo del sistema imperialista" (al haber movilizado la opinión pública contra la guerra del Vietnam y al haber constituido el motor del movimiento por los derechos civiles). Hasta desde la ortodoxia marxista (así Goran Therborn) se reconoce que frente al concepto burgués del "pluralismo político" debe oponerse una "práctica política consistente en organizar colectividades sociales en todos los niveles y en todas partes de la sociedad". Más lejos aún llegan los teóricos y prácticos del "comunismo latino" cuando reconocen, en este concreto terreno, unas obvias afinidades en el catolicismo, alejando ambas opciones de los modelos liberales y neoliberales. El propio TOGLIATI señaló la afinidad de la "solidaridad cristiana" con la "solidaridad socialista-comunista", como mecanismo central determinante de una eficaz acción social.

Especialmente lúcido es, en mi opinión, el análisis de Alain Turaine, en esta misma línea. Cualquier opción progresista que pretenda operar en la sociedad moderna debería indagar qué tipo de conflictos sociales no se pueden traducir en meros términos de reivindicaciones cuantitativas o en términos de lucha de influencias, a fin de tratar de reconocer las aspiraciones profundas de los grupos dominados o, mejor, de los grupos exteriores al aparato. Y si bien es cierto que el combate obrero no debería borrar en una extraña concertación, no es menos cierto que los movimientos sociales

no pueden concebirse como una prolongación o un simple rejuvenecimiento del movimiento obrero tradicional. Se hace preciso, por el contrario, que los ciudadanos encuentren formas de intercomunicación que les permitan una autonomía de decisión no siempre vehiculada a través de los mecanismos clásicos de participación: partidos, sindicatos. Es necesario encontrar nuevas formas de colectividad que sean capaces de autocontrolarse. Si la sociedad post-industrial tiende a aislar y masificar los individuos, llegando a destruir las formas de relación social más elementales, parece razonable afirmar que procede combatir esta tendencia a través de la búsqueda de nuevos colectivos. "Quizá no sea casual —decía Touraine ya en el año 1972— que los movimientos más vigorosos de los últimos años hayan tenido una base casi biológica (juventud, raza, mujeres), como si esta identidad fuera el único bien, el único lazo que el aparato no les hubiera quitado todavía".

Y hace escasos días (en un artículo publicado el 4 de septiembre de este año en el "Diario 16", bajo el título "La sociedad civil en auxilio de la democracia") el propio Alain TOURAINE argumenta que, lejos de ver en los que defendemos la sociedad civil una "amenaza" para las instituciones de la democracia "participativa", quienes desean defender la influencia del Parlamento (y demás instituciones políticas) no tienen, en realidad, otros aliados posibles que los defensores de la sociedad civil, hasta el punto de que, sin esta alianza, corren el riesgo de verse aplastadas por los aparatos del poder que hoy se apoyan más en "técnicas de modernización" que en principios ideológicos. Los que se inquietan por las debilidades de la democracia no tienen razón para desconfiar de las iniciativas de la sociedad civil. Deberían más bien angustiarse por la subordinación creciente de las instituciones políticas al poder omnímodo del Estado.

Es observable, sin especial dificultad, cómo, en muchas ocasiones, a través de una metodología sectorial y horizontal, se termina concluyendo en una construcción un tanto dogmática, excesivamente globalizadora y pluridimensional. Es la vieja idea de que cualquier partícula social contiene la totalidad del sistema social, como, paralelamente, la idea de que una determinada célula es capaz de contener, de algún modo, la explicación total del fenómeno de la vida. Este tipo de esquemas suele reproducirse en cualquier pensamiento y en cualquier pensador. Y tan es así que, lejos de resolver el expediente con la tesis de la "deformación del especialista" o de la peculiar estructura psíquica del hombre supuestamente necesitado

de respuestas totalizadoras y a menudo trascendentes, habrá que retomar la vieja idea de que lo particular contiene lo general y que, seguramente, lo no demostrado y experimentado desde parcelas sectoriales del conocimiento y de la acción, carece de verdadera significación en una sociedad caracterizada por el dinamismo, la complejidad, el cambio acelerado y, sobre todo, el aislamiento profundo de los individuos y de los grupos sociales en que se insertan. Parece por ello que, lejos de seguir esperando, unas nuevas Tablas de la Ley que, caso de haber existido alguna vez, no es razonable esperar que vuelvan a existir, lo propiamente adecuado a los ciudadanos de una sociedad industrial avanzada (y, más aún, en la inminente sociedad tecnológica) es asumir que sólo a través de la más radical experimentación de las posibilidades reales de los individuos y de los grupos o colectividades en que éstos deben articularse, a través de plurales y diversas acciones sectoriales, es posible ofrecer respuestas al actual modelo cultural y social que, si bien parciales, es hasta posible lleguen a ser sustancialmente homogéneas y convergentes. En todo caso, no parece razonable esperar en el futuro otras formas de síntesis que las derivadas de ese plural, disperso y aparentemente anarquizante proceso de respuestas particularizadas y sectoriales. La clave puede estar en la capacidad de conjugar una especialización y particularización profunda, con una capacidad de acción horizontal que permita intuir el estado de la cuestión en todas aquellas ramas del saber y de la "praxis" directa o indirectamente relacionadas con el campo concretamente "vivido" (pensado y actuado). Entre las necesidades más perentorias está la de construir nuevas estructuras míticas susceptibles de generar una profunda movilización social y, entre ellas, puede, quizá, ocupar un lugar la concepción de un nuevo ciudadano "renacentista", modelo que sería ya planteable desde el momento en que se tuviera capacidad de utilizar colectivamente los potenciales progresos implícitos en la renovación tecnológica. Es posible, frente al pesimismo de los hombres de la cultura escrita —entre los que me encuentro— concebir una utilización no alienante de los mecanismos puestos a su disposición por la cibernética y la informática. Presupuesto de todo ello es comprender, en todo caso, que ello sólo será posible si somos capaces de reconstruir, de manera previa, la antes aludida nueva mística de la toma del poder por la sociedad civil organizada. Sí conviene advertir que los grupos sociales en que es preciso vertebrar el tejido social no pueden caer en las más fáciles tentaciones: no pueden permitirse el lujo de con-

templar las instituciones democráticas como algo "hostil" que es preciso combatir, sino como sus naturales aliadas, no pueden tampoco reducirse (ni siquiera identificarse) con meros instrumentos corporativistas de estructura gremial; no pueden, finalmente (so riesgo no sólo de caer en el descrédito, sino lo que es más grave profundizar el abismo entre los ciudadanos y el sistema político) permitirse el lujo (y tiene a su favor la indudable ventaja de que no se presentan a las elecciones) de promesas ficticias o de planteamientos globales que se escapan de sus posibilidades reales, estando obligados, por el contrario, a fijar objetivos claros, precisos, realizables y coherentes y a utilizar, para ello, de manera imaginativa, la totalidad de medios que proporciona el sistema democrático participativo, singularmente los medios de comunicación.

Parece evidente que resulta difícil de concebir esa "democracia participativa, directa y ese proceso de comunicación abierto y productivo" (de que habla HABERMAS) o ese necesario equilibrio aproximado de los distintos grupos de interés que compiten en una sociedad (de que habla BARRINGTON MOORE, Jr.), sin que esa sociedad cuente con unos mass-media al servicio de tales objetivos. Puede sostenerse, quizá, que el esquema liberal y el industrialismo contengan en sí mismos los procesos que subvierten ese equilibrio. Y que, del mismo modo, durante los últimos 50 años, el papel global de los "media" haya participado directamente no sólo en la reproducción, sino hasta en la acentuación de las tendencias hacia ese desequilibrio. El problema central, desde mi punto de vista, que plantean los "media" es el dilucidar si el "poder" extra-institucional que suponen, pueden llegar o no a constituir una de las formas de controlar el poder mediante el poder, dado que, en todo caso, y como ya se ha venido insistiendo, no puede tenerse la menor fe en el autocontrol benevolente de ningún centro o grupo de poder.

El polémico MCLUHAN tiene el indudable mérito de ser el único teórico del papel y función de los medios de comunicación, cuya lectura se ha universalizado, en el muy concreto sentido de constituir sus libros una "mercancía" al alcance de todos y, como consecuencia de ello, gozar del discutible privilegio de haber convertido sus afirmaciones en tópicos habituales, ya no sólo de los hombres de mi generación, sino incluso de eso que suele llamarse (no se por qué) "hombre de la calle". La razón de tal fenómeno (espectacular en la década de los sesenta y setenta) puede estar no sólo en su brillante estilo literario (sus libros —se dice— están más cerca del género literario que del

ensayo o, desde luego, que del pensamiento), sino también en que el aparente tema inicial de su obra (el problema del control de los medios de comunicación por el hombre) pronto se convierte (y aquí radica su "atractivo", desde muy diversos puntos de vista) en la cuestión del control de los hombres a través de los medios y de las condiciones de programación de esa forma relativamente nueva y profunda de dominio social a nivel planetario. "Seguramente nos estamos aproximando —decía McLuhan— a un mundo extremadamente controlado, a un punto en que se pueda decir: seis horas menos de radio para Indonesia en la semana entrante o habrá un fuerte descenso de la atención literaria; o 20 horas más de televisión para Sudáfrica, a fin de enfriar los conflictos raciales de la semana pasada. Culturas enteras podrían programarse, entonces, para mantener estable su clima emocional". Prescindiendo de los aspectos, próximos a la ciencia-ficción tan del gusto de McLuhan, es lo cierto que, a partir de su obra pocos dudan de que los medios de comunicación no sólo constituyen un poder de incalculable magnitud y hasta, para muchos, que constituyen el "punto arquimédico de la palanca que mueve el mundo". TOM NAIRN no duda en afirmar que, en el estado actual de desarrollo de los "media", MARX no hubiera dudado en incluirlos dentro de los llamados elementos "estructurales", dado —dice— "su poder colosal sobre la mente" de los ciudadanos. Miquel de Moragas (Centenario de Deusto, 1988), en su concreta proyección a los defensores de las lenguas menos extendidas, subraya también la importancia de la transformación y extensión del moderno sistema comunicativo, indicando —en esa misma línea— que la transformación ha sido tan profunda que ha llegado a convertir a los medios en uno de los principales ejes del desarrollo industrial y de la evolución tecnológica. De ahí que, en su concreto terreno de interés, llegue a afirmar que la atención tradicional al binomio lengua-cultura deba extenderse ahora al triángulo lengua-comunicación-cultura. "Esto es así —afirma— no sólo porque la comunicación permite la divulgación de los bienes culturales, sino también y más trascendentalmente, porque la comunicación permite la participación social, la producción colectiva de cultura".

Las posiciones más tópicas frente al tema del "poder" del "cuarto poder" son las que se limitan a un enjuiciamiento (ya sea de pasado, ya sea en funciones de prospectiva) positivo o negativo (optimista o pesimista) del propio fenómeno y de su previsible evolución. Unos (y es abundante esta posición en la literatura anglosajona) parecen compartir la fe de McLuhan

en el carácter positivo "per se" del desarrollo tecnológico de los mass-media; otros (y esta fue durante mucho tiempo la postura clásica en la Europa continental) estiman que de ese futuro desarrollo sólo cabe esperar una cultura de masas, sí, pero cuyo objetivo sea embrutecer en más cantidad y en menos tiempo a quienes accedan a ella. Más frecuentes son, en la actualidad, sin embargo, los planteamientos que, asumiendo la evidencia de la dimensión antes inimaginable que los modernos mass-media dan a la difusión de la cultura, se limitan a constatar la necesidad de abordar la nueva cultura de una manera receptiva (abandonando los prejuicios y falsos desdenes prodigados, sobre todo, desde la cultura escrita) y a afirmar que no cabe renunciar "a priori" a que esta tecnología pueda ser un instrumento de aproximación de los ciudadanos a los datos tecnológicos que constituyen, hoy por hoy, una de las premisas esenciales del dominio de las élites. Y es que ciertamente, aunque cabe compartir con HALLET CARR que la pesadilla más perturbadora de la democracia de masas es el espectáculo de "una élite eficiente que mantenga su autoridad y afirme su voluntad sobre la masa, por medio de uso, racionalmente calculado y eficiente, de los métodos irracionales de persuasión, esa pesadilla no es, ni mucho menos, una consecuencia necesaria del desarrollo tecnológico de los mass-media.

El enfoque, con todo, que interesa más, desde la perspectiva de mi intervención, es el que alude a las posibilidades de "control democrático" (y sé que la expresión puede suscitar justificados recelos para los profesionales de la información) de esos medios de comunicación. Son muchos los que piensan que los medios de comunicación son sólo susceptibles de control a través de quienes detentan el dominio de estos medios y no a través de los consumidores de los mensajes que vehiculan. En este terreno es preciso realizar algunas precisiones. Los ciudadanos estamos ya acostumbrados a recibir a través de esos mismos medios de comunicación "noticias" periódicas que dan por supuestas una serie de aberraciones. Escojamos algunas de ellas: que, naturalmente —se dice—, los medios de comunicación públicos (singularmente la TV) sirven (o incluso "deben servir") a la concreta opción política titular del correspondiente P. Ejecutivo (tanto central como autonómicos), que el único remedio parece ser la existencia de "plurales" TV (aunque, al propio tiempo, los enterados afirman que previsiblemente las diversas cadenas se "concederán" a otras tantas concretas opciones políticas concretas previo "pacto" con el partido en el poder), que —entretanto— la prensa "rosa" o "amarilla"

invaden (y cada vez lo harán con más fuerza) el mercado de los "media"; que unos determinados profesionales "pierden" sus puestos de trabajo por discrepancias con la "línea política" que dirige el medio; que tal periódico o tal otro se crea como sostén de una determinada opción política y hasta para un objetivo político inmediato (unas concretas elecciones, el evitar que otro partido pueda llegar a controlarlo). Y, junto a tales "noticias", algunos datos objetivos: sigue sin desarrollarse legalmente el secreto profesional y la objeción de conciencia de los profesionales de la comunicación; la acción "asociativa" de estos profesionales es sumamente escasa y, a lo sumo, se centra en determinados problemas estrictamente profesionales; son escasísimas (yo no las conozco, al menos) las experiencias de "estatutos" profesionales que garanticen realmente la posición e independencia de los profesionales dentro de los respectivos medios de comunicación; no está regulada ni garantizada de forma alguna la "participación" de los grupos sociales ni en los medios privados ni siquiera en los medios públicos de comunicación (como no sea dentro del mínimo margen que supone la regulación del derecho de réplica).

No sé si exagero, en definitiva, si afirmo que en este campo —al menos en España— se produce la paradoja de coexistir una sociedad tecnológica postindustrial (que alude a la propia organización del aparato productivo y a tecnología utilizada) con una sociedad cuasi-feudal que afectaría tanto a los profesionales de la comunicación, con un estatuto profesional y una falta de dinamismo asociativo no enmarcables en los estandars mínimos de una simple democracia representativa como, sobre todo, a los usuarios, que limitan prácticamente su función a la de meros receptores pasivos del caudal informativo y comunicacional, sin que exista canal alguno de "participación" en un terreno que les afecta directa y hasta brutalmente. Bien es cierto, por ello, que (sobre todo a la vista del comportamiento ya "institucionalizado" de los diversos detentadores de los diversos poderes ejecutivos) ya no nos quedan argumentos válidos a quienes, desde siempre, defendimos la teórica conveniencia de un monopolio público de la TV, pues nunca defendimos, desde luego, el monopolio partidista de ningún medio de comunicación. Y, por ello, parece inevitable y hasta urgente llevar, también a este campo, el "pluralismo" característico de una democracia representativa. Sólo que conviene anticipar que, logrado tal estandar, seguirán en pie todos los problemas que (en su concreta proyección al campo de los medios de comunicación) plantea el modelo de democracia participativa a la que, desde cualquier sector o parcela de la vida social, se

aspira. Será preciso articular alguna vez formas concretas de participación de los grupos sociales en el control y en la presencia en los medios, cuando menos públicos, de comunicación. Será preciso que tales medios públicos (cuya primacía, al menos en el campo de la TV, es más que probable, al menos durante mucho tiempo) estén sometidos a un efectivo control, ya no sólo de las "instituciones", sino también de los grupos sociales. Será preciso garantizar un estatuto mínimo del profesional que le permita dar un tratamiento "informativo" (y no partidista) al mensaje que comunica; será precisa una auto-reflexión del profesional de los media en orden a cual es la forma de ejercer su profesión para el que está legitimado y cuál es el tipo de actitud ilegítima (pienso, por ejemplo, en la creciente confusión entre información y opinión). Será preciso que asuma que es cotitular de un poder excesivamente controlado desde "arriba" (centros directivos) y nulamente controlado desde "abajo" (el usuario). Será preciso, finalmente, que los ciudadanos y los grupos sociales en que nos integremos, asumamos, desde luego, las peculiares normas del "trabajo informativo", pero que, al propio tiempo, tengamos la posibilidad de organizarnos colectivamente frente a los excesos de poder de los media, de igual modo que debemos hacerlo frente a los excesos de poder de cualquier otro centro, institucional o no, de dominación social, cultural o económica.

No quiero terminar esta alusión a los "media" sin indicar que atendiendo tanto a la función del trabajo informativo como a la flexibilidad y descentralización típicas de su organización (sin perjuicio del peligro que suponen los grandes monopolios informativos, tema que no se puede ahora abordar), los media constituyen "en abstracto" el aliado natural de cualquier movimiento participativo de carácter social. Hay ejemplos claros de esa colaboración y yo he tenido la oportunidad de vivirlas personalmente, a través de mi trabajo de portador de un típico grupo social que pretende realizar su función de participación "en los asuntos públicos": me refiero a mi labor en torno a la Asociación "Jueces para la Democracia", a la que, según entiendo, se le podrán reprochar muchas cosas (o, simplemente, podrá no estarse de acuerdo con sus planteamientos) pero, desde luego no, el que se haya inhibido de ese trabajo ciudadano de crear, desde su concreto sector, cauces participativos, renunciando explícitamente a ser un mero cauce de transmisión de intereses gremiales. Pues bien, desde esa experiencia concreta, puedo afirmar que mi Asociación ha recibido siempre un explícito apoyo, no de los centros directivos de los medios de comunicación

(no siempre, al menos), pero sí, desde luego, con escasísimas excepciones, de los profesionales de la comunicación. Quizá porque han sabido ver que su tipo de actuaciones se sitúa, precisamente (acierte o no) en el concreto terreno de la vertebración del tejido social.

Puede quizá intuirse una razón sutil que hace razonable esa colaboración. Me refiero a un rasgo esencial característico de nuestras modernas sociedades democráticas. En ellas no hay, en principio, y según el Código, nada secreto, hasta el punto de que se protege, con rango consuetudinario, la publicidad, la libertad de expresión, la libertad de prensa. Pero, al propio tiempo, los mecanismos, perfectamente "legales" en muchos casos, a través de los cuales se articulan los grupos dominantes, no ya sólo a nivel político sino, sobre todo, a nivel social y económico-financiero, son, en demasiados casos, nada confesables, pues lo que no es "confesable" es la propia normalidad, la propia "legalidad". Resulta incalculable, por ello, la dinámica transformadora de la sociedad que se pondría en marcha (que, de hecho, muchas veces se pone en marcha a medio de una colaboración sociedad articulada-medios de comunicación), limitándose los "media" a confesar, a "publicar" lo que es público. Creo sinceramente que lo "razonable" desde una opción progresista y participativa es explicitar los mecanismos reales (perfectamente legales y públicos: no hay que recurrir a lo privado o ilegal) sobre los que se asientan los mecanismos de dominación. Bastaría con ello para estimular el cambio social.

Y ya, para concluir, quisiera indicar que no se ajustaría a la realidad que parecen intuir los expertos en los fenómenos de cambio sociocultural, el pensar que una evolución en la línea de reforzamiento de la sociedad civil sea utópica o escasamente previsible. ALAIN DE VULPAIN, en su calidad de confundador de COFRENA —Observatorio modelo del cambio sociocultural— y Presidente del RISC —Instituto de Investigaciones Internacionales sobre el cambio sociocultural—, viene trabajando en este campo desde el año 1953. En una conferencia que dio en Bilbao, con ocasión del Centenario de la Universidad de Deusto recientemente celebrado, amén de explicar algunos de los aspectos del trabajo que viene desarrollando, refiere un ejemplo "práctico" del resultado de tales investigaciones que consideró oportuno exponer a quienes no tuvieran ocasión de asistir a tal conferencia o de leer la publicación que de la misma realizó la Universidad de Deusto. Se trataba de un encargo realizado a la Institución que dirige VULPAIN por la multinacional SHELL. Como resultado de sus investigaciones (corría

el año 1974) pudieron "tranquilizar" a los inversores extranjeros sobre que, pese a un eventual triunfo del programa común de izquierdas (lo que acontecería más tarde en el año 1981) las premisas de ese programa común no podrían prevalecer frente a las tendencias socioculturales evidenciadas en el curso de la investigación. Aquellas tendencias, resumiendo mucho, eran que los valores de libertad, autonomía y autodeterminación personal estaban en pleno proceso de plusvaloración (cambio socio-cultural respecto del inmediato pasado) por encima, incluso, de los valores de igualdad, justicia y seguridad. Comentó VULPIAN que, de hecho, en el año 1981 (más exactamente un año y medio después de tal fecha en que accede al poder la izquierda) la propia mayoría de izquierdas en el poder se vio obligada a dar marcha atrás y paralizar las partes del programa común que suponían una política de ruptura en relación a tales valores socioculturales en ascenso, convirtiéndose la izquierda —comenta con ironía— en "campeones de la liberalización".

A la luz de tal ejemplo, puede entenderse la importancia práctica de tales prospecciones sobre los cambios socioculturales y entenderse mejor la relevancia de los nuevos procesos que, hoy mismo, se están detectando en Francia (sin que sea excesivo extrapolar tales conclusiones a países como el nuestro). Tales tendencias son: 1.º) la que califican de "bioemotividad", caracterizada por la necesidad de integrar a un tiempo, la emoción, el instinto, la intuición y el intelecto; 2.º) la que llaman tendencia a una "mentalidad amplia", caracterizada por conceder importancia a las capacidades más distintas, incluso las juzgadas hasta ahora como de menor importancia o contradictorias, del ser humano; y 3.º) una tercera que VULPIAN no duda en afirmar que va a ser la más fundamental

de todas y que, desde luego, desde el enfoque de estas líneas, es de una importancia trascendental, la tendencia que denomina la COLECTIVIDAD, caracterizada como la capacidad y el deseo progresivamente creciente de unirse con los demás, de interactuar, de construir unas redes, unas interacciones, de "participar" en definitiva a través de grupos y acciones colectivas.

Es precipitado, por tanto, afirmar que la "solidaridad" (base última de tal participación) disminuye; lo que menguan son las viejas formas de solidaridad. No es sólo, desde mi punto de vista, por tanto deseable y hasta necesario que la sociedad civil se atreva a articularse, a constituirse en un contrapoder frente al poder no institucional de las verdaderas clases dirigentes (dentro de las cuales la clase política no es la única, ni la mayor protagonista, ni tan siquiera el "verdadero" rival, pues, como antes se apuntaba, cabe desarrollar formas de leal colaboración con ella), sino que, además, esta articulación —al pivotar en torno a las categorías renovadas de participación y solidaridad— empieza ya a ser vivida como un objetivo apremiante por amplios estratos sociales, hasta el punto de constituir el fenómeno más relevante dentro de las tendencias socioculturales detectables ya hoy en Europa. Y, aunque sólo sea por el hecho de que estudiar, "ver" el cambio, lo acelera (como observa el propio VULPIAN) me parece importante resaltarlo. El problema será dilucidar bajo qué criterios, bajo qué contenidos, y quiénes van a ser los nuevos protagonistas históricos de esa nueva "toma del poder" que corresponde realizar a la sociedad civil. Sólo empezando a actuar será posible ir dilucidando tales cuestiones, y sólo actuando será posible evitar eficazmente la situación de "indefensión" de la sociedad frente a los excesos de los poderes. ■